

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Morella (México) hay una persona curiosa que pregunta—y quiere que le contesten—lo que no contestara el mismo enemigo.

Acabo de recibir su Cuestionario, y todavía estoy bajo la impresión verdaderamente terrorífica de que fuese preciso, de que solamente fuese cortés, pagar con franca respuesta semejantes interrogaciones.

Afortunadamente, en boca cerrada no entran moscas, al buen callar llaman Sancho, quien tenga la mano llena de verdades apriete el puño, en lo callado nunca mal procurado, silencio me llamo, y para saber, á Salamanca.

Vuelvo á fijar los ojos en el peligroso Cuestionario..., y ya no me parece tan arduo el contestar, siempre que se me permita hacer buen acopio de reservas mentales.

No: el Cuestionario no es ninguna bomba de dinamita: lo que me extraña es su incoherencia, que responderá, seguramente, á razones conocidas del preguntón, para nosotros insospechables.

Voy á intentar, con el fin de entretener á mis amabilísimos lectores de América, que tan inmerecidas lisonjas me escriben, responder algo por el mismo orden en que se me interroga.

—¿Cómo entiende usted el amor y cómo lo define?
—Ni lo entiendo ni lo defino. Palabra que no. Podemos entender lo intelectual; pero lo sentimental, por muchas entendederas que el Señor nos haya dado...

—¿Qué persona cree usted que vale más en España (en la actualidad, por supuesto) intelectualmente?

—Emilia Pardo Bazán. Con ninguna estoy tan conforme. Ninguna ejerce sobre mí tan poderosa sugestión. Ninguna me impone su manera de ver con tal eficacia. No acertaría á preferir otra, y no sería verídica si no lo declarase.

—¿Qué concepto se ha formado usted de Rubén Darío, el poeta americano?

—Me gustan mucho sus versos y bastante su prosa. (La respuesta va en el mismo llano y desafiado estilo de la pregunta.)

—¿Qué opinión tiene usted del general Díaz, presidente de México?

—Mi opinión sobre los políticos y hombres de Estado es muy sencilla de formular. Si el país que rigen progresa y se engrandece, los doy por excelentes gobernantes; si el país decae, por lo contrario. México ha adelantado y prosperado bajo el general Díaz: no tengo nada que añadir.

—¿Qué prefiere usted, el chocolate ó el café?

—Si no hubiese leído á Solís y á Bernal Díaz, me sorprendería más el salto desde la gobernación de México al soconusco. Pero recordando que Moctezuma era aficionado al chocolate, me ocurre si lo será también el presidente de México, sucesor de Moctezuma y de Guatimozín (con mejor sombra que estos infortunados emperadores), y renunciando á indagaciones más complicadas, voy al grano, al grano de cacao y de café. A la verdad, los dos reunen cualidades que me ponen en confusión. El chocolate es muy estomacal, y con bizcochos, debe recomendarse á las personas de buen gusto, sobre todo si los bizcochos son de espumilla, acaban de salir del horno y crocan en los dientes. Tampoco deben desdeñarse los picatostes para esto del remojón en el Caracas, debidamente adicionado de vainilla y azúcar; y en cuanto á las clásicas ensaimadas, no creo que las prosciba nadie inteligente en golosina.

Sin embargo, el café, cargadito, caliente (ó helado), en taza de Sajonia, merece otro himno, aun después del bellísimo que le dedicó Campoamor. El haba insomnifera (así me parece que dijo un poeta

americano) no es sólo un despertador de estudiantes en vísperas de exámenes, ni un excitante del cerebro, clasificado por consiguiente entre los venenos intelectuales, que dan ficticio vigor seguido de postración y marasmo; es, para los españoles, el gran elemento de sociabilidad; reemplaza ventajosamente á aquellas basílicas donde los romanos trataban, en el período de su decadencia, todos los asuntos: de diez cosas que en nuestra patria se combinan, nueve y media salen combinadas del café. En el café se conocen los que luego han de ser amigos; en el café se forjan las popularidades y las impopularidades; en el café se hacen rajas las honras; en el café se despedazan y trituran las glorias literarias ó artísticas; en el café se falla de todo, se averigua todo, se discute todo, se fantasmateja todo; en el café se escribe la carta á la novia, el sablazo adobado con desesperación, el anónimo infame, la circular de reclamo, el cartel de desaffo; en el café se concierta la cita y se piden á tiros celosas satisfacciones; en el café se imponen los guapos, se lucen los *solistas*, echan el anzuelo las busconas, acechan la ocasión los cómicos sin contrata y los toreros de invierno... En el café está el completo cinematógrafo de nuestra vida nacional.

Y por eso, si me apura mucho el preguntante de Morella, daré al café la primacía, considerando que el chocolate tiene algo de significación retrógrada, de los tiempos...

La última pregunta es casi tan embarazosa como la del chocolate y el café. «¿Le parece á usted mejor orador Castelar que Donoso Cortés?» En primer lugar, para juzgar con conocimiento de causa á un orador, hay que oírle: en la oratoria propiamente dicha, el gesto, el tono, la manera de emitir la voz revisten importancia inmensa; y cuando el ilustre marqués de Valdegamas pronunciaba sus discursos, yo tal vez, y sin tal vez, no había nacido. A Castelar le alcancé, y pude juzgarle: era un orador que subyugaba, cualesquiera que fuesen las ideas de quien le escuchase. De Valdegamas, á la distancia que nos separa, sólo puede afirmarse que es un astro extinguido.

Y ya no van más preguntas: ahí termina el Cuestionario. ¿Por qué estas y no otras? Vaya usted á adivinar.

Ahora se me ocurre á mí que si el Sr. Elguero— así se llama el preguntón— publica el álbum que anuncia, con todas las respuestas, debe remitirme un ejemplar. No hay cosa tan curiosa como ver las desviaciones que sufre una idea al tamizarse por varios cerebros.

No vale negarlo: en ciertos aspectos, el progreso se nos está colando en casa. Hablábamos en una de las anteriores crónicas de un Instituto de belleza, alta novedad implantada en Madrid, á imitación de los de París, Viena, etc. Hoy, procedente de ese mismo establecimiento kaleotécnico, recibo un folletito primoroso, una monada de impresión, que á primera vista no parece tener más objeto que explicarnos cómo se pescan las perlas en el golfo Pérsico, el país de los cuentos de las Mil y una Noches. Fijándose mejor, resulta que es anuncio de unos polvos y una pintura para la tez, productos fabricados, según el anuncio, con perlas trituradas. Así, ni más ni menos. Aunque el folletista nos entera de que es con raeduras, sobras y retales de perlas con los que se obtiene el artículo de tocador, no por eso deja de hacerseme cuesta arriba que entre en él algo más que carbonato de calcio, nácar molido, concha de ostra ú otra materia análoga. Y puesto caso que la primera materia de ese menurje fuese legítima perla, ¿reunirá por eso condiciones superiores para refrescar y hermosear la tez? Es posible que tampoco. Habrá que decir de esos polvos *cleopatrescos* lo que el gallo hambriento que se encontró un saco lleno de perlas magníficas: «Más me hubiese convenido un grano de cebada.»

Ello es que aquí, en la tierra del garbanzo campechano y sencillo, estos Institutos de belleza y estos cosméticos á la reina decadentista de Egipto indican cómo nos va gangrenando París y cómo se nos infiltra la elegante perversión de las razas latinas moribundas. Así lo cree, por lo menos, el buen D. Severo Antaño, censor agrio de las costumbres y concurrente asiduo á las funcioncitas por horas en que hay brochazos verdes. De algún modo se ha de espantar el mal humor, ¡qué caramba!

Estuve en la Exposición el día del barnizado, cuando ya declinaba la tarde larga y lenta de mayo y empezaba á verse mal en los amplios y destartados salones. La luz se retiraba del recinto, poco á poco, avisando, y el ambiente olía á espliego, á aguarrás, á gomas y esencias pictóricas, á resina de maderas recién labradas y aserradas.

Confieso que lo más emocionante para mí en las Exposiciones es pensar en la suma de deseos, de afa-

nes, de angustias y dolores de alma que representan. Porque el esfuerzo artístico no es alegre ni sano: tiene mucho de sufrimiento. Hay en él tal desproporción entre lo que se sueña y lo que se obtiene, y es tan severo juez de sí mismo, en el fondo, el más vanidoso artista, que se le debe tener tanta lástima como á esos condenados del Dante, que en uno de los más celebrados lienzos aquí expuestos ruedan peñascos que les vuelven á caer sobre el pecho eternamente. En el revuelo de conjeturas acerca de los premios; en el ansia inmensa de triunfo que palpita en esta suma de trabajo humano, siempre se me ocurre que el vencedor, después de su momentáneo goce, percibirá, gravitando sobre su torso, la peña formidable de la obligación de sostener la victoria.

Es de las más tristes ironías del destino humano, que los mismos golpes felices traigan tal reato de miseria y de añoranza. Haber vencido crea la necesidad de seguir venciendo, la desesperación de aparecer menos fuerte, y el castigo de ese certificado de agotamiento que con tanta facilidad se expide aquí. Por lo cual, en las Exposiciones, compadezcamos á los que caen, y también, también, á los gladiadores que van á salir por la puerta *Sanavivaria*.

Esta Exposición me parece, y es opinión muy general, superior en conjunto á las anteriores. Sin que exista en ella uno de esos cuadros indiscutibles, que se imponen á todos, inteligentes y profanos (me refiero á cuadros de composición, de *totalidad*), se ve mucho bueno, realidades, promesas, un nivel común que empieza á satisfacer exigencias legítimas. No ha desaparecido del todo, sin embargo, ese aspecto de improvisación, de cosa hecha á empujones, poco pensada y poco ejecutada, que es á mi ver el sello distintivo de las Exposiciones españolas y del arte español moderno en su manifestación colectiva.

Un médico alemán me decía en París, en una casa donde comíamos, que la mitad más una de las enfermedades del estómago se curarían sin más que comer despacio, masticando muy bien é insalivando mejor. Como yo le contestase que para eso hace falta excelente dentadura, murmuró en tono reflexivo: «Es cierto, y me han dicho que en su país de usted se hace poco uso del dentista, con relación á otras naciones.» Recuerdo siempre al médico alemán cuando pienso en nuestra labor artística. La literaria, aunque también se resienta forzosamente de la precipitación, puede resistirla mejor que artes como la pintura y la escultura, donde tanta importancia reviste la técnica.

Y entre paréntesis, diré que la preponderancia relativa de la escultura es quizás lo que distingue á esta Exposición de las anteriores. En efecto, de escultura andábamos muy mal generalmente; carecíamos de tradición, en el sentido riguroso y moderno de la palabra.

En este Salón figuran 222 obras escultóricas, y no es tan respetable cifra lo que más puede convencernos de que hay adelanto: es, antes que la cantidad, la calidad de lo expuesto. Blay no ha dado un mentís (que sería involuntario siempre) á los que, ante sus envíos á la Exposición Universal de París, nos sentimos llenos de esperanza. Aquí se presenta con catorce trabajos nada menos, y con nueve Mariano Benlliure. Hay nombres nuevos que despuntan, hay otros ya conocidos, no célebres, que vienen pidiendo luz.

Nadie negará á esta Exposición la nota de la fertilidad. Los cuadros expuestos son nada menos que 1.866, las obras de arte decorativo 224, las de arquitectura 25. Realmente sorprende, dentro del escaso papel que en la vida social desempeña, por desgracia, el arte (debido á mil razones que fuera muy largo apuntar), que tantos jóvenes se consagren á él y le fien su porvenir. Hay una *enquête* que está por hacer y que acaso sería difícil en extremo: la referente á cómo viven los artistas, en los primeros tiempos de su lucha, y aun después de lo que se llama salir de la obscuridad. La bohemia no tiene ya carácter pintoresco; ocúltase más bien que se ostenta, burlando al filisteo y riendo con la risa luminosa del dios mientras desuella el sátiro; pero existe; los comienzos deben de ser duros, y detrás de estos pintados lienzos y estas masas de yeso y barro, se esconden de fijo mil esfuerzos que nada tienen que ver con la inspiración...

No estoy convencida de que tampoco hayan descubierto minas de oro los reconocidos como maestros. La protección oficial es intermitente; los mercados extranjeros están asediados, la competencia es explotada por negociantes. Al compás de los ditirambos de los críticos de arte insertos en la primera plana, periódicos de gran circulación publican estos días anuncios de ventas en almoneda pública de las mejores firmas, á precios muy baratos...

EMILIA PARDO BAZÁN.